

RESPECTO A LAS ACTITUDES PROFESIONALES FRENTE AL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

ANTONIO VELEZ.

Ordenaremos el desarrollo del trabajo en la forma siguiente:

- a) Exposición de nuestro punto de vista.
- b) Panorama general.
- c) Especificaciones en algunas actitudes determinadas.
- d) Actitudes profesionales que propugnamos.

A) EXPOSICION DE NUESTRO PUNTO DE VISTA

Sería francamente engorroso y difícil el enumerar una serie de resultados concretos y tratar de analizarlos independientemente de un contexto más general y de las actitudes que presiden su creación; por ello más bien insistiremos en una crítica a estas actitudes profesionales, sus motivaciones y sus consecuencias, que en los resultados en que logran materializarse.

Dentro de nuestra profesión se puede notar el peso de la necesidad de una discusión y un análisis de los puntos básicos a tener en cuenta para el desarrollo de una labor coherente, cuyos resultados contengan una respuesta válida para la sociedad y eficaz para el desarrollo global de ésta. Es preciso aclarar estas expresiones de modo que no podamos inducir a tergiversaciones: los de "válida para la sociedad" y "eficaz". Cuando nos referimos a sociedad, entendemos la real en que se desenvuelve nuestro presente, la que vivimos diariamente y a la que, por supuesto, no consideramos en ningún momento satisfactoria. Al utilizar el término eficaz, lo hacemos en el sentido de aporte al desarrollo opuesto hacia el que hoy en día se dirige la sociedad presente que estamos considerando.

Hemos de precisar del mismo modo que, a pesar de centrar nuestro trabajo en un determinado tipo de construcciones destinadas a viviendas, sus consecuencias podrán ser aplicadas a las demás actividades arquitectónicas que constituyen la extensión del *habitat*.

B) PANORAMA GENERAL

Es evidente que de los resultados arquitectónicos que pueblan nuestro entorno no podemos esperar ejemplos que aporten soluciones positivas a nivel general y contabilizables a efectos de un proceso renovador de las circunstancias en que se desenvuelve la sociedad presente, sino, en todo caso, solamente pueden albergar el germen de transformaciones internas de la propia actividad, de la Arquitectura, que responderán únicamente a los esquemas que en cada caso rijan la sociedad vigente.

Para poder encontrar en una vivienda o en un determinado tipo de ellas signos que acusen un proceso realmente creador y consecuente con lo que a toda escala social y cultural está planteado necesitaríamos de ejemplos en los cuales la labor de creación se hubiese desarrollado fuera de los estrechos límites de lo que profesionalmente hoy se entiende como "creación arquitectónica". Pero para que esto sea posible es indispensable un interés simultáneo en el problema por parte de otros sectores operativos del contexto actual, que proceda a enmarcar más claramente la labor que a nuestra profesión le estaría encomendada, sobre todo contribuyendo a la definición y ordenación de una serie de necesidades, trabajo del cual el arquitecto no debe en ningún caso sentirse responsable. La suma de estas necesidades constituiría así un término más de los elementos condicionantes del proyecto y de su realización.

C) ESPECIFICACIONES EN ALGUNAS ACTITUDES DETERMINADAS

Es, por supuesto, injustificable la relegación por parte del arquitecto de la labor que tienda a dar soluciones a problemas que ya están planteados con toda evidencia, sustituyendo los condicionantes reales por factores de orden especulativo y formal, combinándolos irresponsablemente en soluciones que la mayoría de las veces no alcanzan ni siquiera un modesto nivel de ejecución ni a exteriorizar un planteamiento mínimamente riguroso.

De esta forma sólo se consigue seguir llenando los huecos que la creciente incomodidad urbana aún conserva con ejemplos cuya retórica formal únicamente se desarrolla en base a determinados materiales y en una obediencia ciega y mal entendida a los formatos consumibles.

El profesional que desarrolla su labor dentro de estos esquemas se sume en la más franca irresponsabilidad o en una frustración a nivel personal, cuya aceptación lleva a la instauración de la mediocridad en la imagen urbana y a la progresiva inviabilidad de recuperar para el hombre algún concepto válido de habitación.

Es del mismo modo injustificable la actitud, unas veces consciente y otras no, de renovar el entorno físico y material del hombre tomando como puntos de partida la filosofía del gusto, la economía del consumo y la estética de la originalidad. A estos resultados les falta el sustento básico de una actitud de confrontación de la concepción subjetiva con unas realidades objetivas que nos circundan. Del mismo modo, les sobra un exceso de proyección personal, cuyas consecuencias no suelen ser otras que las de la instauración de nuevos repertorios que, desgraciadamente, subsisten como canon para los ejemplos que en el anterior apartado hemos expuesto, soportados por la ins-

titucionalización de una determinada demanda.

Existen, además de muchos otros, algunos resultados a cuya actitud de elaboración es necesario dedicar cierta atención y que a nuestro juicio representan aquella arquitectura que reivindica para sí el estandarte de la vanguardia.

Nos referimos a las viviendas que por un cierto énfasis formal, por un determinado uso de un material, o que a través de una cierta imagen tecnológica se introducen en el medio urbano y en la sociedad como elemento polémico respecto a sus postulados, o como arquitectura abierta.

En primer lugar, la Arquitectura consideramos—ya lo hemos señalado anteriormente—no tiene capacidad más que para operar sobre sí misma. No consideramos atribuible a su apología el calificativo de abierta a viviendas que por su forma y su planteamiento hacen de la apertura una nueva imposición de hecho, configurando estrechamente nuevos y dudosamente válidos criterios de habitación.

Resulta doloroso comprobar en estos ejemplos el cúmulo de confusiones que pueden llegar a crear en el medio cuando frecuentemente aparecen acompañadas de la más amplia publicidad en la prensa especializada y en la que no lo es, con una polémica previamente suscitada a su alrededor como un elemento más de promoción. Esto va autorizado por esa lucidez o garantía que se atribuye a su creador con relación a un nombre, una imagen de profesionalismo o una determinada experiencia. Algunas veces todo esto va acompañado de una suma de ansias individualistas contenidas por el azaroso ejercicio de nuestra profesión y que a las primeras de cambio se vuelcan como un aluvión de elucubraciones formales y plasticistas sobre algo que debería tener un significado muy claro: su habitabilidad.

Existen, por así llamarlas, ciertas coartadas a la crítica consciente, que suelen acumularse dentro del profesionalismo, el oficio, la economía o la demanda. Estas evasiones ante la presión ineludible de un compromiso con el tiempo en que vivimos, la sociedad y el medio en que nos desenvolvemos, no nos parecen justificadas. Todo esto no es más que el reverso de una serie de deficiencias que trataremos de exponer y analizar y que la mayoría de las veces se encuentran fuera de los límites de operatividad del arquitecto a nivel individual.

En primer lugar, una falta de formación como profesional, de la que sin duda alguna no es en su totalidad responsable el arquitecto. En efecto, conociendo las técnicas constructivas vigentes, con una somera experiencia de los módulos de superficie y costo y vadeando convenientemente las ordenanzas, se consigue hacer viviendas cuyos moradores pueden estar seguros de no irse a pique y hasta de que no se filtren humedades nada más. Normalmente con este nivel, y con que exista en el local algún detalle "arquitectónico", el profesional puede considerar su misión como cumplida.

Esta falta de formación profesional se basa en la ausencia de una visión global de los problemas por parte del arquitecto, reduciéndose a desempeñar una labor encasilladora, en la que la mayoría de las respuestas a los condicionantes tomados en cuenta suelen ser dadas una a una, en compartimientos estancos y generalmente con soluciones contradictorias o incompatibles entre sí. Se posterga de este modo indefinidamente la disección de un programa sobre unas bases generales establecidas como puntos fijos y la satisfacción coherente a través de este programa de un mínimo evidente de necesidades.

Un escudo protector de las actitudes que hemos expuesto más arriba lo constituyen los resultados contabilizables a nivel económi-

co. En este aspecto solamente se utiliza para autorizar y legitimar una mediocridad en los resultados, cosa, por supuesto, muy distinta a lo que consideramos modestia, honestidad o discreción. Repetimos, no es culpa individual, es complicidad compartida, ya que está vigente por una serie de situaciones de facto que sólo puede realizarse el arquitecto en su trabajo cuando se cuenta con presupuestos holgados y módulos económicos "cómodos".

El fruto de la labor, cuando el mismo profesional que esgrime lo anterior trabaja en esta forma, no se traduce en otra cosa que en la acumulación absurda de un confort tópico y en una utilización anárquica de superficies y materiales. Estos resultados conceden a la labor de algunos arquitectos, encaminada a actualizar los módulos económicos de la vivienda, un recipiente hostil, ya que desde cualquier punto de vista resulta absurdo aumentar los niveles económicos de la construcción para lograr viviendas que en el fondo y en la forma no cambiarán nunca sus esquemas.

De todo lo anterior cabe pensar que la solución de la vivienda, en un sentido general, es muy difícil vislumbrarla. La solución no es un asunto que incumba exclusivamente a nuestra profesión; es un asunto que compete a todos los sectores vivos de la sociedad. Intentando dar soluciones particulares al problema, tomando como referencia enfoques personales, es muy posible que el trabajo del arquitecto pueda salir absuelto de toda una serie de juicios de valor; es muy difícil, en cambio, que una obra con estas coordenadas se integre como válida y eficaz en el contexto general o en la escena urbana. No se trata de hacer injertos, se trata de que el terreno en el que han de inscribirse las obras arquitectónicas se abone y se enriquezca, que se logre crear un medio apto.

En este aspecto hay que lamentar la ac-

titud de responsabilidad parcial hipertrofiada por parte del arquitecto, puesto que, insistimos, no es un problema de consecuencia a nivel personal, es un problema de cambio de ejes y de traslación del origen de coordenadas al cual referir nuestra actividad. Esto sólo puede llevarse a cabo integrando la responsabilidad del arquitecto en una responsabilidad más universal.

Una vivienda válida y eficaz solamente podrán realizarla hombres que traten de comprender, a través de conocimientos y vivencias un poco distantes de los que hoy exige nuestra profesión, lo que estos términos, válido y eficaz, pueden significar al "hombre", no al arquitecto.

D) ACTITUDES PROFESIONALES QUE PROPUGNAMOS

Hasta ahora hemos estado exponiendo actitudes profesionales que no nos parecen justificables, dado el nivel de participación tan escaso que dentro de ellas tienen otros factores externos a la profesión de arquitecto y en función de la parcialidad de estas actitudes con respecto a un conocimiento más general de los problemas. En este apartado trataremos de señalar aquellos caminos que a nuestro juicio se nos manifiestan como más consecuentes o más viables para lograr una eficacia y una validez a través de ellos en el desarrollo de una labor arquitectónica. En otras palabras, lo que consideramos actitudes éticamente válidas en el ejercicio de la profesión aquí y ahora.

En primer lugar, nos parece totalmente inoperante una labor que, como antes hemos señalado, se desarrolle cargada de subjetivismos y planteamientos personales. Consideramos que la labor, por el contrario, deberá desenvolverse en un ambiente sustentado por una sólida base crítica, en el que los razonamientos externos a los del pro-

fesional arquitecto tengan una garantía de incidencia en el proceso global de creación. En efecto, donde la proyección individual del arquitecto, encerrado en su trabajo encasillador de la problemática general según sus plantillas, no tenga más remedio que verse duramente contrastado por las realidades objetivas del medio, científicamente valoradas y reconsiderando este trabajo en función de ellas. Vemos la necesidad por parte del arquitecto de traspasar las membranas que hoy en día nos envuelven dentro de nuestra profesión y participar de lo que vemos como un proceso creador a todos los niveles, donde los factores sociológicos, económicos, psicológicos y culturales tengan el valor de condicionantes al proceso meramente ejecutivo del arquitecto.

En fin, defendemos un equipo amplio de trabajo, en el cual los problemas planteados no puedan ser fácilmente canalizados a través de "lo arquitectónico", sino que exijan este nivel de participación directa sólo al final, cuando los condicionantes se vean claramente expuestos para nuestra actividad, actividad cuya misión debe ser el responder del modo más enriquecedor y significativo posible a estos condicionantes.

Una vez sentadas las premisas de trabajo con este ánimo, las soluciones podrían estar impregnadas de un espíritu de flexibilidad ante los cambios que se operen en el medio. No debemos nunca pensar que esta flexibilidad debe traducirse en soluciones no acabadas o inexpresivas de un determinado contenido. Las respuestas arquitectónicas deberán albergar unas posibilidades de sugerencia, que no se darán en otras que en las que se acusen como las más elaboradas y en las que ha sido exigido un alto nivel de planteamiento y desarrollo, además de una concepción rigurosa metodológicamente.

Finalmente, hacemos hincapié en una necesidad de profesionalización salvando los falsos niveles a los que hemos aludido en

la crítica. Es decir, un nivel de conocimientos amplio y global de los repertorios utilizables para responder a unas determinadas necesidades que se nos han de programar. No está justificado el vernos impulsados a inundar una vivienda de imposiciones externas porque nuestra capacidad de respuesta se vea reducida a la repetición sistemática de dos o tres esquemas elaborados con una estrecha base de conocimientos específicos.

Es únicamente a través de este tipo de trabajo cuando nuestros planteamientos, considerados ya dentro de un marco profesional así delimitado, podrán tener una mayor incidencia en la problemática total. Dentro de este camino puede incluirse la investigación de nuevos procesos tecnológicos, los niveles de rigor a escala de diseño físico y la polémica y el análisis de aquellos repertorios formales cuya utilización exteriorice un significado concreto y una realidad sugerente y renovadora. Consideramos igualmente positivas aquellas actitudes profesionales—señaladas anteriormente de pasada—encaminadas a desarrollar factores tan importantes como las bases económicas reales y operativas de la vivienda, condicionamientos por los nuevos usos, durabilidad, etc., así como el estudio científico y actualizado de aspectos de la habitabilidad, como los psicosociológicos y culturales, y su contribución a la modificación de los esquemas vigentes en el campo que desarrollamos este trabajo.

Como conclusión podremos decir que es sumamente necesario y definitivo, por parte del profesional de la Arquitectura, transgredir los límites en que hoy se halla cómodamente instalado y verse implicado de una manera real en el medio y en su transformación. Es de este modo como vemos que logrará ser reestructurado el orden jerárquico en que hoy están dispuestos los conocimientos que el arquitecto se siente responsable de poseer.